

Literatura nuestra

EL REGRESO

DEBÍA ser ahora, justamente
cuando atardece. Porque el hombre parte
de su costumbre un día que no importa,
a cualquier hora sale,
pero vuelve y se entrega sin aliento
en el último plazo de la tarde.

Yo soy el hombre, y esos horizontes
que se avecinan son mis heredades.

Vengo de los extensos regadíos,
de los salarios altos, y quién sabe
si de las playas secretas con mujeres
para la vacación de los Notables.

Sobre las carreteras amarillas
del mapa inolvidable
vuelvo a lo mío, a hincarme de raíces
en el suelo, mi suelo de verdades.

Si antes conté el camino por provincias,
luego por cordilleras y eriales,
al fin por las acacias una a una
y por pájaros vivos en mi sangre.

Cuando coronó el alto del portillo
que guarda la ciudad, y Dios la guarde,
me digo: Estoy en casa, estoy seguro
hasta para morir o lo que cuadre.

Y voy despacio la pendiente abajo,
como despacio el sol sobre el paisaje
que se recuesta detenidamente
y acama los ganados donde pacen.

Me acerco en paz -¿pero es que estuve lejos?-
al confuso rumor que se reparte
por las calles en sombra
cuando se hacen ministerio los portales.

Y digo ¡cuanto os amo!
a vosotros, los cien mil habitantes
de esta ciudad que ni siquiera nombro,
porque todos lo saben
su nombre de carbón redondo y puro,
de trenes en la noche palpitante,
duro como un espada
que parte en dos el corazón del aire.

Antonio Pereira